

CON MOTIVO DE LA MATANZA

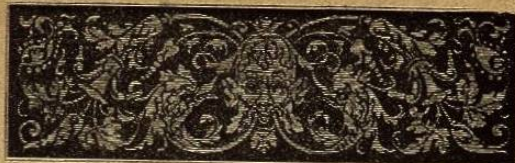
EN LA BULGARIA.

Prosiga tu crueldad, pueblo villano
en los Balkanes, que de ti no quita
su vista Europa, y ya venganza grita
contra las fieras de semblante humano.

Sobre la cumbre irá contra el tirano
vengadora metralla moscovita,
dejando en pos de sí la muerte escrita
del turco por el monte y por el llano.

Y vuestros padres correrán delante
del vencedor, por el país maldito,
hambrientos, en lócura delirante.

Y vuestro rey de reyes, con vileza
perdon clamará en vano del delito,
entregando al verdugo su cabeza.



MALEDICENCIA DE ALDEA.



DESAHOGO DEL BOTICARIO.

Es el alcalde un mixto
de esbirro y de factor;
el juez, un impostor
como jamás se ha visto;
¿El secretario? Listo,
(si no bebe licor);
pues ¿y el recaudador?
¡le va á cobrar á Cristo!

¿El médico? un misterio:
será preciso pronto
un nuevo cementerio.

Del cura... que es honrado,
se dice..., pero tonto.
¡Qué pueblo me ha tocado!

DESAHOGO DE LA BOTICARIA.

¡Ay! mira Salomé,
la hija del notario,
la docta, del rosario,
que escribe *luz* con *de*.

Aquel lazo moaré
color punzó y canario,
ferró un escapulario
de la que en gloria esté.

¡Qué ojos tan ardientes!
¡Cuál ríe, qué hermosura,
para lucir los dientes!

¿Ignoran por ventura,
que llevas—dí—las gentes,
postiza dentadura?...



SOBRE UNA CUNA.



I.

¡Veo en su faz hace tiempo la tristeza!
¡Ay! sus lánguidos ojos gira lento,
ya no busca á la madre, macilento,
apenas mueve brazos y cabeza.

Habla doctor, y dime con franqueza
la cruel realidad que ya presiento;
tú, amiga, ten valor: llegó el momento,
apóyate en mi pecho y aquí reza.

¿Está grave?...—¿Que sí?...—¿Vendrá la muerte?
Amiga ¿qué, tal vez ya lo sientes frío?
¡Opongamos al mal, ánimo fuerte!

¡Mas no, no puedo, el corazon se salta,
tengo deseos de llorar! ¡Dios mío,
piedad! ¡Me mato, si mi niño falta!

II.

Qué tienes, hijo mío, dí, ¿qué sientes?
 Oye, sonríe, muévete, respira,
 ¿no ves tu padre aquí cómo delira,
 no percibes sus lágrimas ardientes?

No me asesines, ¡ay! no te lamentos;
 socórrelo, doctor, míralo, espira:
 ve cómo tiembla ya, ve cómo gira
 sus ojos alrededor languidecientes.

¿Qué esperas, pues, doctor? De frases vanas
 ora no es ocasión; sálvalo presto,
 prueba, ¡si tienes vísceras humanas!

Perdona á un padre loco... qué, ¿te espantas?
 arráncalo á la muerte... ¡te detesto!
 ¡no, besaré la huella de tus plantas!

III.

¡Cómo está su semblante, qué afilado!
 Pobre niño del alma, ángel querido,
 ¡ah! cubrid ese rostro oscurecido,
 no lo puedo mirar tan demudado.

Apenas si suspira, quedó helado;
 del pecho lanza apenas un gemido;
 muerto sin remisión... ¿se ha estremecido?
 ¿ve todavía? No: ¡todo ha acabado!

Médico... ¿concluyó tu ministerio?
 ¡Morir! ¿Hay esperanza? No lo diga:
 pronto lo llevarán al cementerio...

Mi corazón, mi vida, hijo del alma...,
 dime tú que es un sueño, cara amiga,
 y en el engaño encontraré la calma.

IV.

¿Que hay esperanza aún de que no muera?
 ¿No es compasion de mí? Tu labio miente.
 ¿Si reacciona se salva? ¿Es evidente?
 ¿Si en un hora tan solo? ¡Dios lo quiera!
 ¡Una hora! ¡hora eterna! Ah, quimera,
 para verlo morir más lentamente
 luego;... yo ántes quedaré demente,
 ó viejo, con vivir esta hora entera.

Y bien, valor, aquí estaré de hinojos
 mudo, esperando la fatal fortuna,
 hasta que cierre al fin mi ángel los ojos.

Espera tú tambien, cara, rezando,
 mas contra Dios no clames importuna:
 arrodíllate, presto, te lo mando.

V.

Misericordia ¡oh, Dios! Señor del cielo
 piedad en nombre de la madre mía,
 compasion de este niño en su agonía,
 no arrebatas un ángel más del suelo.

Redimido por este desconsuelo,
 humilde viviré una vida pía,
 llenaré mi existencia cada día
 de buenos actos y seré modelo.

Si ha de morir ¡ay Dios! sólo te exijo
 que yo no escuche la cruel sentencia
 pregonando que ya no tengo hijo...

Concédeme á lo ménos esta gracia,
 de mi honda pesadumbre, ten clemencia,
 ó márame, será menor desgracia.

VI.

Era un querube, un ángel este niño
venido al mundo para ser mi gloria;
el alma se complace en su memoria
cuando sano colmaba mi cariño.

Venía al amanecer con desaliño
á mi lecho á pedirme alguna historia,
y embebecido siempre en mi oratoria
lucía su desnudez, blanca, de armiño.

Por las noches yo en cambio iba á su lecho
á admirar en silencio ébrio de gozo
el blando respirar del níveo pecho,

Y entre mil besos quedos, me escapaba
ora un gemido, un grito, ó un sollozo
é hincado ante su cuna lo adoraba.

VII.

Adios bella vision dulce y querida,
sueño desvanecido hácia la aurora,
sombra adorada que brillaste un hora
en el triste camino de mi vida.

Aun no repuesta el ánima perdida,
no comprende el dolor que la devora,
como insensato estoy, no siento ahora
todavía lo amargo de la herida.

Para siempre tendré mi hijo muriente
ante los ojos, y mi labio mudo
buscará su mejilla eternamente.

Arte, fe, porvenir, gloria, fortuna,
juventud, esperanza: al golpe rudo,
todo quedó sepulto en esta cuna.

VIII.

Me engañas, no te creo, mientes, jura
que dices la verdad; doctor, la niego,
no te ensañes conmigo, te lo ruego,
no juegues con mi negra desventura.

Fuera cruel sarcasmo de natura
que mi niño viviera..., no estoy ciego...
¿De veras está salvo, vive, luego
despareció por siempre la tristura?...

Atrás todos, dejadme, si no mientes
voy á bañar á aquel santo angelito
en un raudal de lágrimas ardientes...

¡Ríe, habla, me mira, el moribundo!
¡oh doctor! que tu nombre sea bendito
se ha salvado: ¡otra vez es mío el mundo!



Á FLORENCIA.

